

En la mañana del día 31 de enero, la Universidad de Navarra vivió una vez más, con gozo, el esplendor de las grandes solemnidades académicas. Esa mañana entraban a formar parte de la Corporación Académica, como Doctores *honoris causa*, tres eminentes personalidades: el Profesor Douwe D. Breimer por la Facultad de Farmacia, el Cardenal Joseph Ratzinger por la Facultad de Teología, y el Profesor Julian L. Simon por la Facultad de Ciencias Económicas.

El Aula Magna presentaba el aspecto festivo de sus mejores acontecimientos: los variados colores de las vestes académicas, la presencia de las más altas autoridades civiles y de un gran número de invitados, proporcionaban el marco adecuado para un acto en el que el Gran Canciller incorporaba al Claustro de la Universidad a tres profesores de reconocido prestigio internacional. En esta ocasión, entre los invitados ocupaban lugar destacado, junto con el Arzobispo de Pamplona, Monseñor Fernando Sebastián, los Cardenales Angel Suquía y Antonio María Rouco, el Arzobispo de Toledo, Monseñor Francisco Alvarez, el Arzobispo de Granada, Monseñor Antonio Cañizares y el Obispo de Alcalá Monseñor Manuel Ureña. Estaban también presentes los Decanos de las Facultades de Teología de España y Profesores de otros Centros Teológicos, acompañando al nuevo Doctor en el significativo momento de su incorporación al Claustro de la Facultad de Teología.

Se trataba, en efecto, de un acontecimiento de gran relevancia. El Claustro de la Facultad de Teología, que ya en 1989 había recibido entre sus miembros como Doctores *honoris causa* al Cardenal Roger Etchegaray, y en 1994 a los Profesores Leo Scheffczyk y Tadeusz Styczen, se hon-

raba ahora con la incorporación del Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cuya ejecutoria como profesor universitario e investigador teológico le sitúa entre los pensadores más característicos de la segunda mitad del siglo XX.

El cortejo académico, compuesto por más de cuatrocientos profesores, se dirigió a las once de la mañana al Aula Magna del Edificio Central, mientras el Aula de Música, dirigida por el Profesor José Luis Ochoa de Olza, interpretaba obras de Henry Purcell y de Juan Sebastián Bach. El Gran Canciller ordenó que se leyesen las *Actas* en las que constaba la concesión de los Doctorados *honoris causa*; acto seguido, indicó a los padrinos que acompañasen al Aula Magna a los Doctorandos. La Corporación los recibió de pie en medio de un respetuoso silencio. Era el homenaje a una vida académica vigorosa y plena, gestada en su mayor parte, a pesar de la fama internacional de los nuevos Doctores, en el silencio de los laboratorios y de las salas de estudio.

Los *curricula* que se presentaron a la atención del Claustro, los discursos de los Padrinos y de los nuevos Doctores, dibujaron las líneas maestras de un dilatado panorama humanista y universitario, que abarca mundos tan distintos como la investigación farmacológica, las proyecciones económicas o el trabajo teológico, todos ellos coincidentes en el afán por un mejor y más universal servicio al hombre. Es natural que *Scripta Theologica* centre su atención en el nuevo Doctor de la Facultad.

El Decano, Profesor Pedro Rodríguez, leyó la *laudatio academica* del nuevo Doctor por la Facultad de Teología. Se trata de unas palabras —el lector lo comprobará inmediatamente— sobrias y cálidas. En ellas se describe la personalidad de Joseph Ratzinger conjugando armoniosamente algunas anécdotas de su vida con los rasgos más distintivos de su labor científica y de su actual cometido eclesial. El Profesor Rodríguez recordó cómo el nuevo Doctor ve en la jornada de su nacimiento —«el sábado de gloria»— y en su inmediato bautizo, un símbolo de la situación del cristiano en el mundo: vivimos, decía el Profesor Rodríguez citando palabras del Cardenal, «en las mismas puertas de la Pascua, pero sin haber entrado todavía». A continuación, el Decano de la Facultad de Teología pasó a mostrar cómo y por qué aquél que ha sido prestigioso profesor en las Universidades de Munich, Bonn, Münster, Tubinga y Ratisbona ha adquirido tan alta significación en la teología contempo-

ránea. El lector encuentra en este discurso un sugerente resumen de la vida universitaria de Joseph Ratzinger y, al hilo de este resumen, encuentra también unas pinceladas sobre la naturaleza y las tareas propias del quehacer teológico.

Las palabras del nuevo Doctor fueron breves, pero cargadas de contenido. El núcleo central de su lección responde a una pregunta muy oportuna, dado el momento —la recepción de un Doctorado en Teología—, y dada también la personalidad del nuevo Doctor: el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Planteó la cuestión de qué es un Doctor en Teología. Su respuesta fue una disertación sobre la natural e intrínseca relación existente entre Teología y Magisterio; fue también una lección práctica de cómo abordar científicamente y en un lenguaje universalmente asequible un tema tan necesitado de respuestas ponderadas como es el de las relaciones entre Teología y Magisterio. El Cardenal habló lisa y llanamente, sin ambigüedades ni digresiones; con sencillez e incluso con amenidad. No fueron unas palabras de circunstancia. Tampoco fueron protocolarias las iniciales palabras del Cardenal en las que se refirió a la importancia de la edición crítica del *Catecismo Romano*, o aquellas otras en las que expresó su aprecio por el papel de nuestra Facultad dentro del diálogo teológico internacional.

Tampoco las palabras del Gran Canciller, el Obispo Prelado del Opus Dei, Monseñor Javier Echevarría, fueron ocasionales, ni estuvieron limitadas al acto que se estaba celebrando. Fue el discurso lleno de autoridad de quien actuaba en su cometido de Gran Canciller. En él, junto con las palabras de bienvenida a los nuevos miembros del Claustro, el lector encuentra todo un programa de buen hacer universitario que el Gran Canciller propone a quienes trabajan en la Universidad de Navarra. Exhorta a poner un mayor empeño por conseguir «una aspiración que nos es muy querida en esta Universidad de Navarra: la armonía de las ciencias, que —cuando se cultivan con pasión y honradez, con amor a la verdad y competencia profesional— conducen necesariamente a Dios, Verdad suma y Fin último de la Creación».

Fiel a su espíritu fundacional, la Universidad de Navarra es consciente de que el quehacer universitario ha de estar abierto a la universalidad de los saberes y al servicio integral del hombre y que, por ello, debe trascender el mero conglomerado de Facultades, Escuelas e Institutos. El

Cardenal Ratzinger se refirió también a este aspecto en la rueda de prensa que ofreció poco antes de abandonar la ciudad de Pamplona. En esa entrevista, el Cardenal, reviviendo sus recuerdos de profesor universitario, afirma que una Universidad auténtica es aquella en la que existe un auténtico diálogo interfacultativo y en la que, junto a ese diálogo, existe una convergencia en el esfuerzo por encontrar la respuesta a las preguntas últimas.

El Cardenal veía un hecho-símbolo de esta interdisciplinariedad en las circunstancias que concurrían en el acto de su investidura: en la misma Sesión académica recibían el Doctorado *honoris causa* «tres personas completamente distintas: un economista hebreo, un farmacólogo calvinista, y el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Esto me parece —proseguía el Cardenal— que es el resultado de un espíritu de apertura que, más allá de las confesiones religiosas, encuentra algo común en ese empeño por buscar la Verdad y el bien de la persona. Y una Universidad con ese espíritu de apertura y esa capacidad de superar límites, normalmente muy difíciles, se convierte en un signo de gran importancia».

La estancia del Cardenal Ratzinger en la Universidad de Navarra no se limitó al día de la solemne ceremonia de la investidura como Doctor *honoris causa*, sino que se prolongó durante algunos más con el fin de mantener diversas entrevistas y coloquios con profesores y alumnos. Estos encuentros fueron de un gran interés humano y cultural.

*Scripta Theologica* se complace en ofrecer a sus lectores los Discursos correspondientes a la Ceremonia de investidura del Grado de Doctor *honoris causa* del Cardenal Ratzinger. Al ofrecer a sus lectores este material tan cualificado, *Scripta Theologica* se suma a todos aquellos que felicitan al eminente Profesor y Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Cardenal Joseph Ratzinger, por este Doctorado, que es, en toda la profundidad de la expresión, un Doctorado *honoris causa*.

Lucas F. Mateo-Seco